

las familias de que ha desaparecido el cristianismo no ahogasen los primeros gérmenes de la virtud! Era el siglo más bello de España, como lo hemos hecho notar ya, y en tan cristiana sociedad la virtud tenía todas las facilidades para hacer sus más hermosas manifestaciones. Los magníficos resultados obtenidos por San José en la santificación de la juventud, estaban ya en germen en la educación eminentemente cristiana que había recibido él mismo. Quien diera á nuestra Francia aquellos maestros cristianos casi desconocidos en nuestros días, podría con seguridad rehacer nuestra sociedad civil y religiosa. Es un círculo vicioso que no podrá abrirse sino cuando la bondad de Dios en su misericordia infinita nos envíe nuevos Josés de Calasanz.

Admiradores de sus precoces virtudes, los padres de nuestro Santo quisieron que se desenvolviesen en más vasto teatro. La vida de familia había echado las primeras hiladas, el estímulo de la educación debía seguir levantando el edificio. Además, aquella educación pública, á pesar de sus inevitables peligros, no tenía los inconvenientes de nuestros días en época tan eminentemente cristiana. No se conocían entonces esos grandes cuarteles, llamados Colegios, donde se comunica con tan asombrosa rapidez á los demás la corrupción de algunos pocos. Cada alumno conservaba la iniciativa de su carácter: no se hallaban niños formados en el mismo molde. San José, á pesar de su juventud, podía afrontar fácilmente los peligros del alejamiento del techo paterno.

En las Escuelas de Estadilla, lugar próximo á Peralta, se enseñaba á los hijos de familias nobles la gramática y las humanidades. Ya en aquel tiempo, separadamente y con los más exquisitos cuidados, preparaba la sociedad á los jóvenes destinados á gobernarla. Aquella educación, recibida en compañía de los que eran iguales, conservaba las nobles tradiciones de la familia, el buen gusto y las finas maneras que nos han arrebatado por completo las revoluciones. Y D. Pedro trabajó con solícitud para encontrar una mano experta á quien confiar su tesoro. Asegurado en esto, se separó de su hijo muy joven aún, pues no había hecho la primera comunión. Pero llevaba en sí José el mejor preservativo. Apenas llegado á Estadilla, la modestia de su continente, su conversación y sus modales dieron á comprender bien la pureza de su alma, granjeándole las consideraciones y la unánime admiración de maestros y discípulos. Bien pronto comenzaron á darle el sobrenombre de *Santito*.

No cambió su modo de vida el cambio de habitación: en la nueva casa y aun en la escuela misma cumplía con los deberes de piedad sin ostentación y sin respeto humano, como lo hiciera en la casa paterna. No se acercaba á sus maestros para dar las lecciones ó para corregir los temas sin ponerse de rodillas, ó, á lo menos, sin hacer la señal de la cruz, aunque se burlasen de él los más disipados de sus condiscípulos. Nada le importa-

ban sus diatribas, contento con tener la aprobación de sus maestros que se maravillaban del ardor de su juventud unido á la impassibilidad de la edad madura, y de su obediencia puntual y absoluta acompañada de extremada dulzura de carácter. Puede afirmarse que en su juventud, todos, maestros y discípulos, quedaron fascinados por aquel atractivo, por aquella vivacidad que se unía á una gravedad enteramente natural en todas sus acciones. Ya entonces se le aplicaban estas palabras del Libro de Tobías: *A pesar de su juventud nada hacía con ligereza.* (1) Jamás pronunciaron sus labios una palabra impertinente, y, menos aún, inmodesta. Jamás osaron pronunciar en su presencia semejantes palabras ni los más corrompidos de sus compañeros: y si por casualidad, por olvido ó involuntariamente llegaban á proferirlas, manifestábaseles su disgusto é indignación, reprendiéndolos con absoluta libertad. Esas palabras, les decía, son pecado, son palabras del demonio. No hay estudiante que no conozca cuánta influencia ejercen en los grandes centros esas almas angelicales; ah! obligan al vicio, ó á desaparecer, ó á no presentarse como tal.

Hemos indicado ya cuánta era su devoción al Santísimo Sacramento. No conocemos los pormenores de su primera comunión, pues esta ceremonia no se hace con tanto esplendor en el extranjero como en Francia. (2)

Cuando aparece un niño suficientemente instruido, cualquiera que sea su edad, según las prescripciones del Catecismo Romano, el confesor lo admite individualmente á la Santa Mesa. Sabemos sólo que hacía mucho tiempo deseaba José ardientemente tan hermoso día, y que con frecuencia recibía la Sagrada Comunión en los días festivos, según el dictamen de su confesor, y con el mismo fervor, con la misma preparación y con los mismos deseos que el primer día. Desde la mañana hasta la noche eran aquellas fiestas larga continuación de prácticas de devoción, misas, instrucciones, catecismos, vísperas, reuniones de Congregaciones, oraciones privadas, lecturas espirituales, visitas de Iglesias, de tal modo que hubiera considerado robo sacrilego quitar á Dios y á su alma la parte más insignificante de aquellos días. En los días comunes se le veía también con frecuencia en la Iglesia, y á veces dejaba á sus compañeros para ir á buscar á Dios.

Concíbese cuánta influencia ejerció bien pronto entre sus condiscípulos: nadie como ellos sabe juzgar de la sinceridad de

(1) Cum esset junior omnibus, nihil tamen puerile gessit in opere. (Tobías, I. 4).

(2) Hoy, lo mismo que cuando escribía Timón David, se celebra la primera Comunión en España y sobre todo en los Colegios de las Escuelas Pías, con tanta solemnidad como se haga en Francia. Ciertamente que no hubiera escrito Timón David de esta manera, si un primer Domingo de mayo hubiera visto desfilas por el Coso de Zaragoza un millar de niños acompañando en procesión solemne á 150 compañeros de primera Comunión. (N. del Tr.)

la virtud. Puede engañarse á un maestro; á un compañero, es muy difícil. Todos estaban entusiasmados con la sinceridad de su piedad; siempre la misma, siempre sin desfallecimiento: y no tardaban mucho en dejarse subyugar por tan hermosos ejemplos y por consejos tan buenos, ayudados de la gracia que José les obtenía de Dios con sus oraciones.

Con rabia sufría tales derrotas el demonio que ya antes había sido desafiado y vencido por aquel niño. José le arrancaba las almas; en su derredor crecían con vigor la piedad y la pureza; era su enemigo declarado. La aurora de aquella vida le hacía adivinar las victorias de la edad madura, y resolvió vengarse de él. No puede sorprendernos lo maravilloso en la vida de los Santos: á cada instante nos encontramos con lo sobrenatural en sus actos; y no los coloca la Iglesia en los altares sino después de haber reconocido ese sobrenatural en sus milagros. A veces trabajaba el demonio por perturbarle, por asustarle en las prácticas de piedad, tratando de alejarlo de ellas; se le presentaba bajo formas horribles y monstruosas, y muchas veces trató, ya de ahogarle, ya de precipitarle en un pozo. No se espantaba por tan poca cosa el valeroso joven: no perseguía entonces á su infernal enemigo con la espada en la mano; pero hacía la señal de la cruz, ó invocaba el Dulcísimo Nombre de María, su buena Señora y cariñosa Madre.

Bien conocido es el aprecio que sienten los estudiantes por los más valerosos de una clase. Prodigio de santidad y de pureza, no lo era menos José por sus progresos en los estudios. El estímulo que sabía inspirarles, para moverlos á seguirle, igualaba á la emulación que sentían por su virtud. Sus maestros se maravillaban ante la vivacidad y penetración de su espíritu, ante la facilidad y tenacidad de su memoria, ante su deseo de aprender y su docilidad para dejarse guiar. Con aprovechamiento no común terminó á los quince años la Retórica en Estadilla: escribía con la misma facilidad en verso que en prosa, en latín que en castellano. En 1680 conservaba todavía el Vicario de Benabarre un notable manuscrito de poesías de nuestro Santo sobre asuntos bien abstrusos, la Trinidad y la Encarnación.

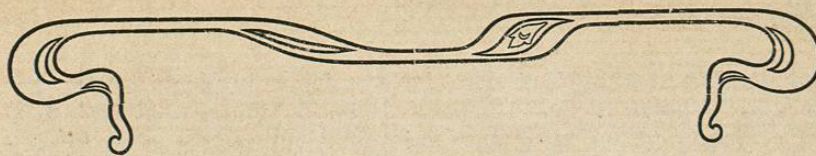
Llamado á Peralta por sus padres, volvió á su casa con la inocencia bautismal que llevó al separarse de ellos, y con todo el desarrollo que habían adquirido su alma y su cuerpo. Acordes estaban en afirmar sus contemporáneos que no habían conocido tan gallardo joven. Su bella figura tenía cierto aire de grandeza que respiraba por doquiera inocencia é inteligencia: más aún, valeroso como todos sus antepasados, sereno en medio de los grandes peligros, parecía adivinarse su vocación, que su padre creía era la carrera de las armas, la única, según sus pensamientos, digna de tan perfecto gentilhomme. Parecía disponerle para ello su misma estatura. Además, esperaba su padre que, abrazando la carrera de las armas, daría nuevo lustre á su familia: y en el ardor de sus deseos, trabajaba por hacer brotar

en el corazón de su hijo las primeras chispas de la pasión por la gloria. Hablábale de sus primeros ascendientes, de los antiguos Reyes de Navarra, los Jimeno, los Iñigo, los Fortún, indicándole el honor que le resultaría siguiendo sus huellas, y haciendo revivir la gloria de sus nombres.

Bien diversos eran los designios de José que aspiraba á otra gloria más sólida, á la gloria de consagrarse al Rey de los reyes. Sabía perfectamente que no tienen los padres autoridad alguna sobre la vocación de sus hijos; mas, como hijo sumiso, guardábase bien de contrariar á su padre, y se proponía vencerle poco á poco. ¡Qué diferentes costumbres las de nuestros tiempos! Independientes en absoluto en los actos más reprobables de su vida, no reconocen hoy los hijos la autoridad de los padres, sino cuando su voluntad es contraria á la voluntad de Dios. Lleno José de vigor y de destreza, era la desesperación de sus maestros, porque era zurdo para el manejo de las armas: era su única pequeña falta. Pero en todos los casos trataba siempre de ganarse la voluntad de su padre. ¿No bastaba ya con D. Pedro, hermano mayor, para pagar la deuda de su familia á su patria y á su rey? Puesto que se citaba á sus antepasados como guerreros valerosos, ¿no habian figurado muchos de ellos, por ejemplo, los Sancho, los Luis, los Juan, como escritores y como juriconsultos? ¿No ponía también en ello su orgullo la familia? Además, si estaba empeñado su padre en que á todo trance fuera militar, era demasiado pronto pensar en ello á los quince años: que, á lo menos, se le permitiera seguir en una Universidad los estudios de Filosofía, tan útiles para todas las carreras: más maduro con la edad y con los estudios, sería más apto para cumplir los deseos de sus padres. Estas razones eran concluyentes, y á pesar de todas las resistencias de su venerable padre, suplicó con tanta elocuencia, y oró con tanto fervor á la Santísima Virgen, que obtuvo por fin permiso para ir á la Universidad de Lérida, ó mejor arrancó el permiso, pues fué más bien una fuga, como decía él después.

No nos atrevemos á vituperar la conducta de aquel respetable padre tan imbuido en las ideas de aquel siglo, y tanto más deseoso de que siguiera su hijo la carrera de sus abuelos, cuanto le veía más capaz de resucitar sus glorias. Sin embargo tenía razón San Agustín, cuando decía: *El que ama á sus padres pierdalos, engañando la afecção natural que quiere enredar á los hijos en los lazos del siglo.* (1) Don Pedro no soñaba sino con la gloria de su raza, y Dios le bendijo permitiendo que José inmortalizase su nombre tanto tiempo olvidado, y que ha sido hecho ilustre para siempre por su gran santidad.

(1) De parentibus rectissime dicitur, ut qui eos amat perdat eos, carnalem affectum eorum, quo et se ipsos, et eos quos genuerunt, implicamentis hujus saeculi obligare conantur, pie fidenterque percutiens. (San Agustín á L...—epist. 243, alias 38.)



CAPÍTULO II

JUVENTUD DE JOSÉ

1571-1581

A doce millas al Sur de Peralta de la Sal, en los límites de Aragón y Cataluña y sobre el río Segre está situada la ciudad de Lérida, que en la época de nuestra historia tenía una célebre Universidad. Jamás en siglo alguno, se había soñado en centralizar en manos del Estado, como sucede en Francia, (1) el monopolio, esto es, el descrédito de la enseñanza pública. Fundaba la Iglesia escuelas que dotaban con munificencia los reyes, los príncipes y los particulares: lo demás lo hacía la fama de los profesores que llevaba los alumnos á los centros de enseñanza. Competencia admirable que, desde el uno hasta el otro extremo de España, había cubierto aquel bello país de centros de sabiduría que rivalizaban entre sí en celo y en ciencia para el mayor aprovechamiento de la juventud.

Han pasado tres siglos. España ha visto destruidas sus más hermosas Escuelas por guerras civiles seculares: (2) mas después de tan grandes desastres, su clero, que sigue las antiguas tradiciones, ha aparecido el más sabio del mundo en el Concilio Vaticano, con asombro de otro clero que se da á sí mismo el nombre de *clero modelo*.

La gran valía de los profesores de Lérida llevaba allá gran número de estudiantes de Cataluña, de Aragón y de Valencia: ante numeroso concurso enseñábase allí todas las ciencias humanas. Los alumnos, externos libres, como los llamamos en Francia, se alojaban en casas particulares, sometidos á la vigilancia y á las incesantes visitas de los profesores. Bajo el reinado de aquellos reyes absolutos, la sociedad entera era una verdadera democracia, gobernándose á sí misma sin intervención alguna del Estado, y con una autonomía, en cuya restricción nadie podía soñar. De la misma manera gobernábanse á sí mis-

(1) Por desgracia no ha sido sola la Francia la que ha visto monopolizada por el gobierno la enseñanza: los españoles, monos de imitación de los franceses, han hecho lo mismo. (N. del Traductor).

(2) No han sido las guerras civiles las que han dado al traste con la independencia de nuestras Universidades: han sido setenta años de malos gobiernos que pesan sobre nosotros, y si malo es uno, peor es otro. (N. del Traductor).